

Romance de una mañana en el valle

La mañana baja al valle
Por los cerros encendidos.
El sol de mayo sembraba
claras espigas de vidrio.

El ancho pecho del árbol
se despierta conmovido;
generoso corazón
que llena el cielo de trinos.

Alza sus brazos un álamo
para alcanzar el rocío.
En altos vientos de otoño
se quejan los carolinos.

Maduras higueras blancas
añoran sus dos maridos.
El harapiento algarrobo
se aleja de los caminos.

Por los dulces senos muertos,
parrales entristecidos,
potreros sin esperanza,
alfalfares amarillos.

La sierra de Rinconada
en cielos recién nacidos;
el cerro Valdivia, lejos;
el Desempeño, perdido.

Un arador con su yunta
de bueyes semidormidos
pasa despertando el campo
por el ancho labrantío.

Desbordaron las calandrias
sus hontanares clarísimos,
llenando de dulce ardor
los ámbitos cristalinos.

Pequeña casa de adobes,
atada por el camino
al cerro donde el sol llena
sus altos trojes de trigo.

Un niño como un chingolo
en el patio daba brincos;
mirábase en el espejo
de un volantín matutino,
que era un cardenal buscando

briznas de sol para el nido.

Ladra un perro a la distancia,
entre el ganado perdido;
se oye en la nube de polvo
el latigazo de un silbo.

El agua, lenta cantaba
por la mañana de vidrio.